

de quiera nos recordará que aquí tenemos una Madre cuyas miradas nos protegen, cuyos oídos están siempre atentos á la voz de las plegarias nuestras; y que en el cielo, Ella es el superintendente, la que reina sobre todas las celestiales jerarquías, (174) la que habiendo encontrado gracia delante del Señor (175) abunda en ella para protejernos (176).

XIII

¡Qué ingratitud la de aquellos que en recompensa de la hospitalidad franca y leal que reciben en esta Nación santificada con la planta de la insigne Guadalupana, befan y escarnecen los homenajes y veneración que le tributamos en este santo templo! Más ingratos que los exploradores enviados á la tierra de Canán, (177) injurian á los hijos de la Guadalupana, apellidándolos idólatras; más ingratos todavía aquellos mexicanos que, olvidando sus más honrosas tradiciones, afectan desconocer las páginas más gloriosas de nuestra historia patria; la adopción legítima de esta Nación por María Santísima de Guadalupe. Si me escucharan les diría como Caleb: subamos... (178) y si tuviera su espíritu les diría, rasgando mis vestiduras: La tierra á que hemos dado vuelta es muy buena. Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en ella y nos dará un terreno que mana leche y miel. (179)

XIV

¡Feliz mil veces el que cree! Su fe, aunque sencilla pero racional, le salva cuando la animan la fuerza de su alma y la santidad de sus ejemplos. ¡Dichoso mil veces el que escucha los impulsos de su cristiano corazón! Esa sola prueba le basta para buscar en este bendito lugar á aquella divina Princesa, que para escuchar más de cerca nuestras quejas y enjugar nuestras lágrimas se ha dignado visitarnos. Bien dijo un eminente Prelado mexicano: "la posteridad recibirá de viva voz la tradición universal y constante del favor singularísimo que la Madre de Dios se dignó hacer á los mexicanos."

XV

Dichosos vosotros, señores Capitulares, que testigos constantes de la realidad de este prodigio, lo sois también de su bondad. Vuestros ojos gozan diariamente contemplando esta singular belleza y se deleitan mirando las dulces y amorosas caricias con que esta buena Madre recibe aquí á sus hijos. Sois más dichosos que

174 Ps. XLIV, 10.  
155 Luc. I, 33.  
176 Ps. CXXI, 7.  
177 Josué, II, 21.  
178 Josué, II, 17.  
179 Exod. III, 8.



los áulicos de Salomón, porque ellos, como decía la Reina Sabá sólo eran testigos de la sabiduría de su augusto soberano, (180) pero vosotros lo sois de la caridad sin límites de esta bella Princesa, y todos los días veréis cuadros tan hermosos, como los que vieron los egipcios al reconocer José á sus hermanos llorosos. (181)

XVI

¡Ah Señora! Si aquí el sacrificio es aceptable porque va acompañado de tu poderosa intercesión, presenta al Eterno Padre el que hoy te ofrece nuestro querido Prelado y que esa víctima inmaculada nos reivindique en nuestros derechos. Si la oración del que te invoca aquí es más eficaz, recibe las nuestras que van acompañadas con el aroma de nuestras lágrimas y el suave perfume de nuestros corazones. Si la eficacia de la Divina palabra es aquí omnipotente, haz que la de los sacerdotes de nuestra Diócesis no se haga vana sino que sea siempre fecunda.

Te conservas prodigiosamente porque quieres recordarnos tus bondades, alentar nuestra confianza y conservarnos tu amor. ¡Bendita seas!

Aquí nos tienes próximos á partir y volver á nuestra Diócesis, alegres y placenteros de corazón por todos los bienes que nos has hecho. Da tus maternales bienes al Pastor de Tulancingo, Tú sabes que te ama. (182) Como Rebeca á su pequeño Jacob, (183) hazlo digno de las bendiciones del Divino Isaac. (184) Como Saul al pastorcillo David, (185) dale misión eficaz para que, dando muerte al odioso enemigo, sin aparato y sí con la santa sencillez del apostolado, lleve á las almas que hoy apacienta, incólumes á los cielos. Que la mitra que ciñe y el báculo que porta, donde quiera sean, no armas de exterminio sino elementos de salvación. Que heredero de la sublime dignidad de los Zumárraga, Garies y Las Casas lo sea también de sus virtudes. Que Obispo de innumerables indígenas, nunca olvide que son, como dijeron los Padres del Segundo Concilio Mexicano, sus Benjamines amados.

A los dignos sacerdotes que llenos de abnegación trabajan por aquellas parroquias sin miedo al clima, sin temor á la pobreza, consérvalos y difunde en ellos las luces de la más ardiente caridad para que satisfagan á su vocación.

A los fieles todos, que tan generosos han contribuido al homenaje nacional de que has sido objeto, bendícelos.

A los pobres inditos... protéjelos, no olvides el amor que te tienen, la fe con que te adoran; suaviza sus miserias y depáralas época mejor. Para ellos viniste.

A todos danos lo que tú sabes, Señora, necesitamos para ser felices.

180 Reg. X, 1.  
181 Gen. XL, 24.  
182 Joan. XXI, 15.  
183 Gen. XXVII, 5.  
184 Gen. XXVII, 7; 10.  
185 1 Reg. XVII.



# Discursos y poesías

Leídos en la Velada Literaria

que en honor de la Virgen Santísima de Guadalupe se verificó

el 18 de Octubre de 1895.



## I

Discurso del Sr. Lic. D. Luis Gutierrez Otero.

¡AZ, Virgen del Tepeyac, que uno de los ángeles que rodean tu trono en el cielo, descendida de las alturas incomensurables, y venga, como vino en la visión del profético poeta de las naciones, á quemar con encendido carbón mis labios, para que de ellos, tantas veces manchados, salgan siquiera hoy que me encuentro aquí, pronto por la voluntad y flaco por el merecimiento, dispuesto á cantar tus glorias, palabras, Señora, que sean dignas de tu excelsa santidad! ¡Haz que se repita el primero de los prodigios con que en esta tierra te manifestaste á las gentes; y que, así como á tu voluntad brotaron rosas en la rigidez del invierno y en medio de las áridas rocas, surjan, Virgen María, de los hielos de mi corazón y de los endurecimientos de mi alma, acentos que traigan algo de los célicos perfumes que embalsaman las regiones en que moras y enagenan en los sitios donde posas!

Si, lo necesito, Señora, ya que he querido venir, que vengo á proclamar con la fe ardorosa del creyente, y con el amor profundo del que está presto á dar su vida por el Dios que adora, por la Madre que lo ampara y por la Patria que le presta dulce abrigo, que en ti veo, en tí, Guadalupana Virgen, el sacrosanto lábaro que mantiene mi fe, y de esta mi veneranda Patria sustenta la nacionalidad.

Nada en el tiempo y en la tierra, lo sé, Señora, cede al acaso. Un plan inmenso, velado de ordinario en los principios de las cosas por los misterios de lo porvenir, que sólo rasga la mano del Omnipotente; y descubierto después por las espléndidas páginas de la Historia, arregla, rige uno á uno los sucesos de la humanidad

que si muchas veces son portentos en su origen, pasan á ser luego en su desenvolvimiento, maravillosa realización. Ese plan, que nosotros llamamos los designios providenciales, y que otros, que rehúsan llevar la mirada al indeclinable y revelador enlace de las causas y los efectos, para no fijarla sino en los desnudos hechos del presente, reducen á los mezquinos términos de la coincidencia, del evento, de un encadenamiento á lo sumo, inconsciente y material de los mismos hechos; ese plan, repito, comprendía entre sus realizaciones humanas; la de que la redención del Mundo que había de llamarse nuevo, de este Mundo cerrado durante siglos á la vista de los hombres, pero jamás oculto á la vista de Dios, se hiciese práctica en sus resultados y en su época, por la intervención de la Virgen de todas las purezas y de todos los dolores, de la Virgen que dió á luz al que vino á ser Luz de la tierra, y que á esta tierra había de traer la luz del cristianismo, generadora de la civilización.

Si, Señora, Dios te destinó á que lo hicieses así; y así lo sentían las gentes que habitaban estas regiones ignotas, divorciadas del resto del Mundo por mares al parecer inacabables, y que para ligarse con los antiguos continentes, no se asieron durante períodos seculares al lazo que había de ofrecerles tu santo amor, tu poderoso nombre y tu maternal intervención.

Tu fuiste siempre presentada como se presintió siempre á tu Hijo el Salvador. Y como los egipcios te esperaban, para que fueses madre del Hijo que quebrantaría la rabia de la serpiente *Tifon* y los druidas te erigían estatuas por ser la Virgen de quien naciera un hijo, así especialmente en esta parte de la América, la universal tradición no estaba perdida, y en medio de las oscuridades de su historia y de los errores de su idolatría, estos pueblos daban testimonio de ella con sus fervorosos cultos á Tomatzin, la madre de los dioses, y la consignaban en pinturas, en que aparece la otra mujer á quien llamaban nada más madre de nuestra carne, y al lado de la cual se hallaba la descomunal serpiente que en otros de esos alegóricos cuadros se ve reducida á pedazos, por el gran espíritu Tescatlípoca.

¡Ah, Señora! La tradición estaba corrompida; pero el hecho al menos de tu existencia y tus poderes, como el hecho de la Cruz como el hecho de haber otros seres en regiones del Oriente, que

algún día, en oscuros tiempos del pasado, ya habían recorrido este suelo, y en otros, venideros y fulgurantes, habían de pisarlo de nuevo; pero esos hechos al menos, envueltos en sombras que si no dejaban explicarlos, no alcanzaban tampoco a borrarlos, se sentían, se imponían en las primitivas razas pobladoras de estas regiones, que entre pavores y ansias de espectación, no sabían cuándo ni en qué forma harían pesar sobre ellas, su influencia soberana. Desde que el sacrificio de la Cruz se realizó, algún rayo de aquel misterio de amor ha de haber proyectado sobre esta tierra, alguna gota de la sangre entonces derramada, se consagró á estos aborígenes, para que rayo y sangre de la Redención, conservados en tu bendita diestra, á tu ingente y misericordioso amparo algún día fructificarán, algún día irradiarán acá, algún día bañarán las comarcas americanas con olas de salvación. Destinada fuiste para el apostolado entre estas gentes, y como el Padre envió al Hijo para la universal regeneración de los hombres, el Hijo había de enviarte, Señora, para la evangelización del mundo nuevo, tan apartado, tan desconocido, tan ignorante de que sus pobladores no eran más que porción de una humanidad incontable en la totalidad del planeta, que á fin de unirlos á ésta, se necesitaba nada menos que un lazo arrojado desde los cielos, para atarlos á los dos.

Ese destino para tí de misericordia, para estas gentes de salvación, exigía ser preparado en el espacio y en el tiempo, y lo fué, Señora, bajo tu celestial patrocinio. Colón fué tu precursor, Colón el inmortal, Colón el sabio; Colón el de la radiante fe, el de las virtudes preclaras, el de los impulsos de emanación divina, se lanzó con heroicidad inaudita al mar tenebroso, para atravesarlo en frágiles carabelas, buscando él las Indias Orientales, y trayéndolo Dios al americano Continente, para rasgar el velo que lo mantenía oculto, para dominar los mares que lo hacían inaccesible, para mostrarle al mundo antiguo que no tenía noticia de él, para confundir á los sabios que atónitos vieron surgir ante sus miradas esa especie de nueva creación; y para dejar estupefactos á pueblos y á hombres, con la consumación de la providencial empresa y la gloriosa ostentación de sus magníficos y perdurables resultados, que ampliaron desde entonces, puede decirse, la tierra, y completaron la heredad de la civilización.

Al pie de tus altares, Virgen María, bebíó alientos y alcanzó fuerza el genovés; y la obra civilizadora, que para serlo tenía que ser obra cristiana, recibió apoyo, protección de una cristiana reina que tanto te amó, y de cristianos y humildes sacerdotes, que al serlo de tu Hijo, eran también, humildes en la tierra, grandes en presencia de los cielos, fervorosos y ardientes sacerdotes de la Madre de su Dios.

En pos del nauta insigne, vino el atrevido capitán. Arribó á estas playas, penetró á la tierra de los aztecas, llegó á la gran Ciudad que era asiento del indiano poderío, y aunque trajera estrepito de armas, y en su marcha victoriosa derramara sangre, que pluguiese á lo alto no se hubiera derramado, y que quizás se derramó sin voluntad completa de quienes la vertieron ó la hacían verter; que quizás se derramó á impulsos de ofuscaciones, naturales en los momentos del grande y abrumador acontecimiento; aunque trajo, repito, son de guerra y gritos de guerra encontró aquí; vino á evitar que el error prolongase bajo este cielo su dominio, á hacer que se extinguieran sus consecuencias de los humanos sacrificios, más cruentos que la más cruenta de las luchas, y á hacer que los monstruosos ídolos y las sanguinarias deidades cayesen de sus altares, para que en esta tierra del firmamento azul, de los umbrosos bosques, de las selvas vírgenes, en esta tierra que todavía hoy se ofrece como edén á los habitantes del antiguo Continente, se levantara el altar único del cristianismo, ante el cual arde, donde quiera que se erige, el incienso purísimo de la verdad, del bien y la virtud. ¡Señora, Señora nuestra, ni aquí, ni allende los mares, ni en el nuevo ni en el viejo mundo pueden borrarse ya las obras de Colón y de Cortés, que borradas presentarían sumidas estas tierras, en consorcio ahora con el esplendor cristiano, con el esplendor de las ciencias, con los esplendores todos del espíritu y las bellezas humanas, en las finieblas que para marcar semejante contraste, todavía cubren y ennegrecen los aduneros de las tribus salvajes, que aún se ocultan en rincónes no reducidos del americano suelo.

A la sombra de los estandartes de Cortés hiciste que vinieran

también, Virgen Santa, misioneros que no con armas, sino con amores, prepararían aquí la gran empresa moral de unir las indias heredadas á la gran heredad cristiana, y que aproximarían la hora ansiada, el momento de tu prodigiosa evangelización.

¡Y la hora llegó! Y las voces de que habló Tácito, y de que con Tácito hablaron otros romanos de la historia, anunciando de manera maravillosa al Salvador de las gentes, parece que volvieron á oírse, para anunciarte á tí como Salvadora de este Continente, como madre de quienes lo habitarán, como madre de las razas que ya antes conquistadas, ya conquistadoras, se confundirían y formarían una sola, que adorara unida la Cruz y proclamara en este inmenso espacio, que corre de polo á polo y aislan los más profundos mares, el reino de Dios. Parece que refiriéndose á tí, volvieron á escucharse los otros acentos de Isaías, el grande é inspirado anunciador de Jesucristo: «Obedeced ya, gérmenes divinos, las órdenes de la Sabiduría eterna: entreadrid, flores, vuestras corolas, derramad vuestros perfumes para embalsamar el ambiente de esta tierra; adornaos con todas vuestras joyas, y con ramos de azucenas y de rosas, hijas de la América, para cantar la gloria de Dios en la más bella de sus obras.»

¡Y tras de esos presagios sonó la hora! La Virgen del Tepeyac, que eres tú, Santa Madre nuestra, se presentó en la montaña como se presentó en la montaña el Dios de Moisés; mas no rodeada de los fulgores de la majestad, que habían de circular al Señor que legislaba para el pueblo de Israel, sino de los dulces esplendores de la humanidad, con el amor de la madre que atraía á su suavísimo regazo, al hijo que hasta entonces la iba á conocer. No se presentó ante poderosos, ni en palacios, ni ante grandezas humanas, sino á un hombre sencillo de la raza llamada á la vna vocación, de virtudes y purezas escogidas, que forman la vocación incansable de Dios, y á quien hizo prodigio tras prodigio para que se acercara con su confianza á Su Seno, y le constituyó portador de otra misión prodigiosa para que el testimonio de ella arrebatará á todos á los pies de quien de todos se complacía en ofrecerse por Madre. Te presentaste, Señora, y como habías de volver á los cielos, y algo tuyo querías por prenda quedara entre nosotros, quedónos tu imagen grabada prodigiosamente en el toscó lienzo en que después de siglos te contemplen nuestros ojos, y serás contemplada mientras séres humanos alienten aquí.

Se realizó el milagro en el momento providencial; en el instante en que ya había pechos convertidos, que serían tu altar primero, y en que á millares había de regenerar otros para que esta tierra se embalsamara entera, con el perfume de tu amor; en el instante en que ni tu aparición se confundiese con groseros errores idólatricos, ó se repeliera por incomprensible; ni fuera posible sin ella extender y llevar con la rapidez con que fueron llevados hasta los confines del Anáhuac y por medio de paz y caridad, los frutos de la redención.

Viniste, Señora, para predicar á los neófitos con tu presencia y tu Santa influencia la asombrosa regeneración de los hombres y los pueblos por Jesucristo, la regeneración que convirtió la Roma del circo pagano en la Roma de los Papas, que hizo palidecer las luces del Aereopago ante los revelados esplendores del Dios desconocido, que transportó entre galos y godos, para que fuesen perpetuas en la tierra, las flamas divinas del Cenáculo, que crió la Isla de los Santos; la regeneración que trajo acá, también, las dulces esperanzas que encierran en los más fervientes deseos las más legítimas aspiraciones de la humanidad; que domena vicios y pasiones con el amor purísimo á Dios y á sus criaturas, que zanja con los oradores de la fe los cimientos de todo saber; que bebe en el cielo las inspiraciones de la justicia, realizadora del derecho entre los hombres; que produce las fuerzas vencedoras de todos los infortunios y mayores que todas las adversidades, que infunde el espíritu y la práctica del sacrificio, que son el grande espíritu y la grande práctica del cristianismo. ¡Viniste, Señora, á esperar la maravilla de que fundidas dos razas en una, restañada sangre de la guerra, cerradas heridas de conquista, establecidos conciertos de amor que sustituyeron odios é hicieron olvidar rencores, se creara á tus plantas una sociedad que levantada al nivel de todas las culturas, de todos los progresos humanos, iluminada por los más vivos

destellos de la inteligencia, conducida por los indeclinables senderos del bien, vigorosa, engrandecida, fuese digna un día á tu amparo, de otra conquista nuevamente consumada bajo este cielo, la conquista de su independencia, tomando puesto como Nación católica y católicamente civilizada en el gran concurso de los pueblos que aman en Dios y por Dios, la verdadera gloria y la verdadera libertad!

Y estas promesas, estas predicciones las has hecho cumplir una por una. Aprendimos la doctrina de Cristo, nos inundó la civilización con sus brillos, nos amamantamos al vivificante calor de las virtudes y las verdades religiosas y sociales, y en el otro día por tí sabido y por este nuevo pueblo ansiado, á tu sombra, bajo tu bandera, fuimos con personalidad propia, libres entre los pueblos independientes y soberanos. ¡Ah, madre mía, sagrada y justa deuda que acabamos de satisfacer, teníamos contigo! Nos coronaste, como pueblo señor de sus destinos, antes de que nosotros pública, socialmente te coronáramos como nuestra soberana Perdonadora si lo habíamos olvidado.....!

Pero no fué, Señora, olvido; no por cierto. La Iglesia te ha coronado en el momento que tenía que serlo, en el momento de la paz, para que fuese imperturbable; en el momento en que se inicia la concordia de las voluntades, para que sus frutos sean firmes, y abunden y se multipliquen; en el momento, Señora, en que es preciso que para las grandes empresas de lo porvenir, se proyecte y fulgure en sus radiantes horizontes, más decisiva, más avasalladora, tu bendita intervención.

Antes de hoy, aunque de imperfecta manera, pero de la manera que nosotros podíamos alcanzar, intentamos rendirte los tributos de nuestra gratitud y nuestra filial adhesión. No nos distinguimos en razas ni en condiciones para ponerlas á tus pies y el pueblo completo que habitó la Nueva España, que fué posteriormente el mismo pueblo del independiente México, no ha tenido más que una inteligencia para confesarte, un corazón para amarte, una voz para cantarte. Lo mismo descendientes de antiguos reyes, que en esta tierra imperaron, prorrumpían en rítmicos acentos de su primitivo idioma, para ensalzarte cuando tu Imagen Sagrada se trasladó por primera vez á su primera ermita, que Virreyes y potentados iban á encender ricas lámparas á tus plantas, para ofrecerte adoración. Lo mismo apelamos á las hermosuras del habla castellana, para que nuestra musa, la impeccedera Sor Juana Inés, se produjese con celestiales armonías refiriéndose á tí; que al idioma de Virgilio, para loarte en él, y disputar al mantuano las bellezas con que intentó aplicar al hijo de Polión, lo que la de Cumas había predicho de tu Hijo y de ti. Lo mismo consignaron tus bondades y tus glorias los antiguos que modernos historiadores; lo mismo, Señora, un Antonio Valeriano ó un Alva Ixtirochitl, que los incansables miembros de la Compañía de tu hijo Jesús, que los recientes Oquendo, Bustamante, Tornel, González y tu hijo, Vera el Mitrado. Lo mismo, Señora, te confesaron el último de nuestros humildes indios, sintiendo en indescribible arrobamiento tus maternales caricias, que el eminente sabio llamado á esplender en las Cortes de Carlos II y Luis XIV, á donde fué envuelto en los afectos que profesaba á tí, Guadalupana Virgen, y llevando ecos y perfumes celestiales de su inolvidable Tepeyac. Lo mismo, Señora, se te han levantado aquí las Basílicas santuosas que con lo alto de sus atrevidas torres simbolizan tu protección, y desde sus agudas flechas semejan devolverte la salutación por tí dirigida á los hijos de México; que ha sido llevada tu imagen á Roma, y España, y Francia, y Austria y Baviera, y Polonia y doquiera de la cristiandad, á donde han ido noticias de tus prodigios y tu tierra y divina protección. Lo mismo, Señora, que nosotros los pecadores, te han ensalzado los Santos como un Alcalde y un Margil. ¡Señora, Señora, tiempo me falta, y me faltaría aun cuando lo emplease largo, muy largo, para decir qué corona te formaban antes de la que últimamente se ha colocado sobre tu virginal cabeza, el conjunto de nuestras ciencias, de nuestras artes, de nuestras armas, el conjunto de nuestros corazones, que palpitando por tí, te han elevado del seno de nuestra Iglesia, de nuestra sociedad, de nuestras ciudades, de nuestros campos, el cántico universal, el hosanna perdurable, cuyo último y nunca imaginable acento escuchamos apenas hace unos días, y que al partir del ámbito entero de nuestro territorio, llevé un eco infinito desde

aquí donde nos dejaste tu imagen, al azulado cielo tras del cual eternamente moras!

En pos de esa corona, nos ha sido dado, ya, consagrarte otra. Tu coronación Virgen del Tepeyac, es el postrero de tus prodigios. Tu coronación, Señora que coincide por el plan de la Providencia, con el momento en que nosotros debemos proclamar en esa forma su poderío, y en que tienes tú que consumir tu obra de predilección. Se te aclamó socialmente en esta tierra para que entrara, bajo tu amparo y tu guía, á los caminos de Cristo, á los caminos que ilumina la Cruz, á los caminos de la civilización: te aclamamos socialmente para que esta porción del mundo entrara á formar entre los pueblos independientes, ya que formaba entre los pueblos civilizados; y después de haberte aclamado en esas épocas de gran sacudimiento, de revolución profunda en órdenes vitales, de regeneración religiosa y política, te venimos á aclamar en otra de infinitas trascendencias, de inmensos resultados; en otra que marcará tú, que marcaste ya definitivamente, Madre de México, como la época de la cual ha de contarse nuestra grandeza, que será deslumbradora, indefinidamente deslumbradora en lo venidero. Nuestros pósteros saludarán en el primer centenario de tu coronación, no sólo á México cristiano por tí, no sólo á México independiente por la fuerza de tu favor, sino á México grande y glorioso, Señora, siempre por tí.....

¡Y no nos protejas únicamente á nosotros! ¡No protejas tan sólo del maravilloso modo que sabes, á los que vivimos desde el Bravo hasta el Usumancita, y desde las playas del agitado Atlántico hasta las del Pacífico! ¡No protejas sólo el nombre y el suelo mexicanos ni aquí, solamente, nos des las abundancias, las riquezas, los tesoros de virtud y prosperidad que se acumulan en medio de los beneficios de la paz! ¡No, Señora, otras protecciones has también de otorgar!

La protección al inmortal Pontífice que resolvió coronarte, al Papa que trabaja incansable en la obra de la humana civilización, que es la obra de Jesucristo; y encamina sus trabajos, después de las conquistas que la humanidad ha alcanzado, al sello soberano de la divina evangelización; á la unión ardorosa de todos los hombres, bajo los brazos de la Cruz, al amor universal, recíproco, verdadero de los individuos todos de esa humanidad, dentro del solo, del único reino social de Jesús.

La protección á los pueblos de la una y la otra América, que no muy tarde te aclamarán como su Patrona predilecta y general.

Y la protección, Señora, á los Pastores que han asociado á los nuestros, para prorrumpir también en loores tuyos, cuando la mexicana gente te confesaba, ha unas cuantas horas puede decirse, como su excelsa reina. Sobre ellos, y sus rebaños, y sus pueblos, descendián tus bendiciones, así sobre Prelados y pueblos de Metrópolis del mundo, cual la Metrópoli Neoyorkina, como sobre Prelados y pueblos que ven sin cesar del uno al otro de los mares que bañan el continente, el paso de los hombres todos de la tierra, al través de uno de los estrechos del Nuevo Mundo; así sobre pueblos y Pastores, que marchan al ideal católico, en medio de las propicias quietudes y los progresos continuos que caracterizan á las sociedades anglo-sajonas, como sobre el Prelado y el pueblo de la Perla de las Antillas, que para obtener sus auxilios tiene títulos especiales. Esa Perla, Señora, á la vez es americana y pertenece á España: la guerra la devastó, la guerra que es sangre, muerte, exterminio, ruina. El Pastor ha venido á implorarte, y nosotros imploramos también por él y por ella. Una mirada tuya, Virgen del Tepeyac, restituirá la paz allí dirigida sobre Cuba, Señora.

¡Santa María de Guadalupe! Ya recibiste nuestras adoraciones en el Templo, cuando allí te coronaban radiantes de júbilo, trémulos por santas é inexplicables emociones, los venerables Arzobispos de México y Michoacán, cuando parecía animarse la mármorea estatua del crímo, del inmortal Labastida, para besar tus pies, cuando te ofrecían sus lágrimas y sus homenajes de vívidos afectos, los otros egregios Prelados mexicanos, cuando las bóvedas de tu Basílica parecían romperse al grito que lanzamos para saludar tu exaltación.

Ya recibiste lo que hubimos de ofrecerte como hijos de la Iglesia, de esta Iglesia que aquí es tu obra, y siempre lo ha de ser; ahora, Señora, recibe el otro homenaje, que con el espíritu igual-

mente puesto en tí y las rodillas en tierra, te ofrecemos como miembros de la sociedad, de esta sociedad también tuya, que vivirá con vida propia, con grandiosa vida, con vida de imperecedera gloria, mientras quien cuida de su vida seas tú.

¡Vuelvo á invocarte, Santa María de Guadalupe! ¡Permitáseme invocarte en nombre de México! Que por tí y en México todo, con nosotros todos y á partir de tu coronación, se realice como un hecho que será complemento de tus bondades infinitas, porque son las bondades de Dios dispensadas por tu diestra, el voto con que los cielos prometen unirse á la tierra, traer sus dones, sus grandezas, sus inefables dulzuras acá:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

## II

### Poesía del Sr. Dr. D. Jose Peon Contreras.

Reina del cielo, Virgen excelsa y pia,  
A quien llamaba Madre la madre mia,  
Y en quien su fe guardaba como tesoro  
En cincelado templo de plata y oro.  
Madre mia dos veces, madre querida,  
Dale á mi arpa sonidos, á mi voz vida;  
Encanto á mi palabra, luz á mi idea,  
Para que tal cual eres mi alma te vea!  
Para que tal cual eres yo te describa...  
¡Yo, estando tan abajo; Tú, tan arriba!

Tan alta estás, tan lejos del firmamento,  
Que adivinarte apenas logré mi intento,  
Y, sin embargo, ¡oh madre! se me figura  
Pues tanto es mi delirio con tu hermosura,  
Tanto soñé en la infancia con tu belleza,  
Tanto soñé más tarde con tu pureza,  
Y tanto en mí resides sin que te apartes  
Del alma que te busca en todas partes,  
¡Que ya á hacer tu dibujo mi pensamiento!  
¡Si no como te miro, como te siento!

Envuelta en luz vivísima cual la que arde  
En el risueño Oriente del primer día,  
Cuando en el Paraíso brilló la aurora,  
Aparece tu imagen, virgen Señora;  
Y es más blanca y más pura tu vestidura,  
Que la nieve más blanca, que la más pura!  
En tus ojos se mira la transparencia  
Que del Señor revela la Omnipotencia,  
Transparencias de afuera, sombras de lo hondo,  
La claridad del lago, del mar el fondo!

Tu frente, coronada de resplandores,  
Tiene las dulces huellas de tus dolores:  
Las congojas, los duelos, las tiramías  
De las amargas horas de aquellos días!  
¡El maternal y acerbo dolor profundo  
Que el mundo te dió, siendo reina del mundo!

Tiene tu boca perlas, tiene corales,  
Tintes de albas purísimas y celestiales,  
Y á recortar en óvalo tu faz severa  
Baja como la noche tu cabellera!  
En torno tuyo hay ráfagas y ondulaciones

Como luces de célicas constelaciones,  
Como la mente humana las imagina,  
Como yo te he soñado de peregrina,  
Subiendo al cielo en lampos de blancas nubes  
Y apoyada en las alas de los querubines!

Soberana del orbe de los creyentes  
Ante la cual se doblan todas las frentes,  
Tu faz immaculada se alza sobre ellas  
Bañada en los fulgores de las estrellas!  
Todos los ojos buscan en tu mirada  
Ternuras infinitas, paz anhelada,  
Miradas de tus ojos con que embelesas  
Henchidas de consuelos y de promesas!  
Todas las bocas te hablan, no hay una boca  
Que no sienta, Señora, cuando te invoca,  
Dulce alimbar de abeja, blanda ambrosía,  
Al pronunciar tu nombre, Santa María!

Es tu historia tan limpia, de amor tan llena,  
Y hay tanta dicha en ella y hay tanta pena,  
Tanto se llora en ella lo que has llorado,  
Y es tal de tu pureza lo immaculado,  
Que no hay mortal que al darte culto y cariño,  
No sienta como siente cuando ama un niño!  
La virginal ternura de su inocencia,  
Aromas de las flores de su conciencia,  
Para tí pura y limpia como un espejo...  
¡Lo mismo la del niño que la del viejo!

Todo el que á tí se acerca, sea el que sea,  
En tanto que mirándote su alma recrea,  
Se acuerda de lo bueno, siente su encanto,  
Y siente el atractivo de lo que es santo!  
Pues piensa que á la madre que quiere ó quiso,  
Le guardas en tu Trono su paraíso,  
A ella y á tí mezclándolas en su memoria...  
¡Todas las madres tienen la misma historia!  
Por eso no hay ninguno que no te quiera  
Cuando la desventura lo desespera.  
Cuando los padres pierden su hijo adorado,  
Se consuelan pensando que te lo han dado,  
Que está mejor contigo, que tú lo tienes...  
Trocando por efímeros, eternos bienes,  
Allá donde tú vives, donde respiras,  
Donde nos ves mirándote, cuando nos miras,  
Desde el altar altísimo donde nos llamas,  
Porque somos tus hijos, porque nos amas,  
Y á do pensamos todos que en algún día,  
Te veremos de cerca ¡Virgen María!

## III

### Poesía del Sr. Nestor Rubio Alpuche.

En los tiempos de Octavio que imperaba  
sobre toda la tierra, sin segundo,  
hubo una fiesta hermosa, que del mundo  
las curiosas miradas absorbió.  
Era un viejo portal cuyas paredes  
carcomieron el musgo y las goteras,  
situado de Belem en las afueras,  
el hogar que la fiesta celebró.

Los hombres abren paso. Las mujeres  
la siguen conmovidas y llorosas;  
y ella, juntas las manos temblorosas:  
Jesús, dice, hijo mío, ¿dónde estás?

## IX

¿Dónde ha de estar? Camino del Calvario.  
Sube con él y asiste á su agonía.  
Contigo iremos, celestial María,  
á verlo ensangrentado en una cruz.  
Y van con ella al monte sacrosanto  
y contemplan el cuadro misterioso,  
y oyen, de horror transidos, pavoroso  
el último lamento de Jesús.

## X

Al fin llegó la hora que preveía  
con infinito amor el alto cielo.  
Murió también la Virgen y en el suelo  
quedaron la miseria y la orfandad.  
Pero apenas cubrió la tosca piedra  
el despojo mortal, la turba alada  
el sepulcro invadió regocijada  
y lo llenó de vida y claridad.

## XI

Como un rey opulento que domina  
los pueblos y vasallos á millares  
y anuncia por las tierras y los mares  
sus bodas con la reina de su amor;  
y llegan de lejanas latitudes  
gentes, tropas, esclavos y bajeles  
y extranjeros, y damas, y donceles  
á la ciudad del rey con graa clamor;

## XII

y de gala se visten los guerreros,  
y sus joyas exhiben las matronas,  
y flores y perfumes y coronas  
preparan con la fiebre del placer;  
y cuando el rostro cándido descubre  
la esposa, como el Sol cuando amanece,  
voz de vitor! los aires estremece  
y eco de himnos y místicas doquier;

## XIII

asi el Rey de los cielos, con potente  
voz á los mundos sus heraldos lanza  
que en cada paso miden cuanto alcanza  
un relámpago en recia tempestad,  
y van por los confines anunciando  
esta nueva de paz y de alegría:  
¡Espíritus, venid! Llegó el gran día.  
A la Madre de Cristo coronad.

## XIV

Como cuando se escucha sordo ruido  
que su fragor por grados acrecienta  
y presto en lluvia torrencial revienta,  
asi acuden los santos en tropel.  
Y llenan las mansiones eternas  
las anunciadas fiestas esperando,  
mientras llega el momento celebrando  
los nobles hechos de la Virgen fiel.

## XV

De la cima de un monte se desprende  
como blanca y graciosa nubecilla.

## II

Montón de paja convirtióse en cuna.  
Tiritando y sonriendo se dormía  
el niño ante los ojos de María  
que el dulce objeto de sus ansias ve.  
El hábito nocturno de Diciembre  
despierta al árbol del rebaño amigo;  
pero el rincón sagrado está al abrigo  
de un pobre manto que colgó José.

## III

Brota en silencio desde blanca estrella  
y desciende hasta el lecho una cascada  
de luz, que pinta en nácar la esplanada  
por do llega brillante multitud.  
Y soldados, y reyes, y pastores  
el establo solícitos rodearon  
y al adorable infante proclamaron  
Como rey de justicia y de salud.

## IV

Venid y contemplad. Esa es María.  
La de lejanos países noble gente  
al mirarla se postra reverente  
como Tobías cuando al ángel vió.  
Y la Virgen, de pie junto á la cuna,  
enhiesto cedro en flor asemejaba  
que á un cordero extraviado cobijaba  
muy lejos del redil de do salió.

## V

¡Oh qué grande espectáculo y sublime!  
Los angélicos tronos se admiraron,  
y, envidiosos, las fiestas concertaron  
de la tierra, en el cielo repetir.  
Al punto de las cumbres eternas  
cien legiones de espíritus salieron  
que al mundo en tropas fúlgidas vinieron  
de la Virgen las huellas á seguir.

## VI

Ellos con tierno afán la custodiaban  
y ella no los veía. Muchas veces  
creyendo hallarse en soledad, sus preces  
se postraba en el suelo á meditar;  
y, en torno de ella, en confusión hermosa  
los ángeles también se arrodillaban  
y atentos, las palabras escuchaban  
que sus labios solían pronunciar.

## VII

Al velar, al dormir, ó á sus labores  
entregarse la Virgen con anhelo,  
los invisibles prófugos del cielo  
absortos la miraban con amor.  
Si á su jardín bajaba precedían  
ellos su paso lento y soberano,  
y cuando hacía un rosal tendió la mano  
nunca la espina, siempre halló la flor.

## VIII

Un día ¡cuán amargo fué ese día!  
la observan caminando á la ventura  
por las calles y plazas. ¡Virgen pura!  
los ángeles exclaman, ¿dónde vas?

Ya la Esposa del Verbo, sin mancilla,  
va al seno del Esposo á reposar.  
Los querubes que marcan sus caminos  
al cometa, y encienden las estrellas;  
los que atizan del sol las luces bellas,  
la ven, y la bendicen al pasar.

XVI

Llegó la triunfadora comitiva  
á las excelsas puertas de topacio,  
y en las vastas mansiones del palacio  
con la Virgen acuestas penetró.  
¡Oh qué transporte! ¡Qué admirable fiesta!  
¡Qué voces de alabanza y de ventura!  
¡Oh qué gozo, qué fuego, qué dulzura  
los celestiales pechos inundó!

XVII

Venid y contemplad, La que en un trono  
altísimo los cielos señorea  
no es la modesta Virgen de Judea  
que habitaba en la gruta de Belen?  
¿No es la madre infeliz que el vivo rayo  
del sol, sobre la frente recibiendo,  
rastros de sangre con dolor siguiendo  
atravesó las plazas de Salem?

XVIII

¿No es, oh Dios, la adorable, la preciosa  
flor que en el mundo misero brotara  
y el cierzo del Calvario marchitara  
la que allá arriba nuestros ojos ven?  
Es ella. Bendiciones amorosas  
caigan sobre la tierra antes maldita,  
y la raza de Adán, ayer proscrita,  
vuelva á ver las colinas del Edén.

XIX

Es ella. La entreveron los profetas,  
La descaron con ansia las naciones.  
La temieron del Antro las legiones.  
La esperaba en su reino Jehová.  
Es ella, concedida y adorada,  
la eterna prometida del Esposo.  
Ella es la madre del amor hermoso.  
Es la espiga del tronco de Judá.

XX

¡Oh, venid, convocad á los mortales!  
Decídes que repriman el sollozo.  
Que alcen la vista á la mansión del gozo  
y prueben la dulzura de esperar.  
Admiraron los ángeles un día  
las fiestas de la tierra. Hoy envidiamos  
las eternas del cielo, y anhelamos  
á la que ellos adoran, ensalzar.

XXI

Que su hogar abandonen delicioso  
los hombres de otros climas, y á la playa  
del Anáhuac arriben, donde se halla  
un pueblo religioso en oración.  
El de Australia: el asiático indolente;  
el que la Europa habita: el africano  
que vengan al hogar del mexicano  
dónde hay paz, y trabajo y devoción.

XXII

Mas ¿qué son para tí, Virgen sagrada,  
los humildes presentes que ofrecemos  
los hijos del dolor, cuando queremos  
tu dulcísimo nombre bendecir?

Oro, perlas, brillante pedrería,  
ó son como la arena, ó son escoria.  
Un átomo de un rayo de tu gloria  
vale más que las minas del Ophir.

XXIII

Pero el oro se obtiene con lamentos  
y lágrimas del pobre jornalero,  
y la perla que oculta el mar severo  
cuesta vidas, angustias y viudez.  
Así, al labrar la terrenal corona  
que hoy á tu altar ¡oh Virgen! acercamos,  
cien dolores de pueblos amasamos,  
mil martirios de razas á la vez.

XXIV

María, desde lo alto de tu trono,  
al pie del Tepeyac, mira postrados  
de Cortés á los hijos esforzados  
y á los nietos del bravo Cuatemoz.  
Dos pueblos que la muerte se lanzaban  
forman hoy uno solo en tu presencia.  
Unos son sus ideales y su creencia.  
Uno su porvenir, una su voz....

XXV

¡Escúchala! Su reina te pregona.  
Es voto nacional el que levanta.  
Cuando tus glorias nuestro pueblo canta  
las de la patria recordado va.  
Te amamos, Virgen pura. Al coronarte  
lloran los ojos y en el labio hay ruego.  
Nuestro amor, que es vehemente como el fuego,  
en todo el orbe resplandee ya.

## IV

### Poesía del Sr. Jose Lopez Portillo y Rojas.

I

¡La escena es ideal, grave la hora!  
¿Por qué soy yo, Señora,  
Quien levanta la voz para cantarte?  
Indigno del lugar y del momento,  
Mi tembloroso acento  
Titubea, y es débil y sin arte.

Alada estrofa de poeta egregio  
Como triunfal arpegio  
Debiera resonar en este instante,  
Y entretejer espléndida diadema  
Para tu sien suprema,  
La inspiración augusta y deslumbrante.

No yo, que inducto, la palabra humana  
En rica filigrana  
No alcanzo á convertir; no yo que imploro  
En vano al sacro numen, y que pulso  
Temeroso y convulso  
Un laúd olvidado é insonoro.

¿Quién me diera de amor en ansia ignota  
Hallar la excelsa nota  
Que expresara mis íntimos anhelos,  
Y volver de la tierra al infinito  
Como un eco del grito  
De adoración, que baja de los cielos?

Mas si el himno entusiasta que ambiciono  
En tu loor no entono  
Y mi ofrenda no es digna de tu planta,  
¡Oh Madre! el corazón enternecido  
En llama convertido  
Por tí suspira y tus amores canta.

En tí para solaz del pensamiento,  
En óchoso momento  
La humildad se trocó en soberanía,  
En ascensión del alma la pureza,  
Y la ideal belleza  
En numen de la humana poesía.

Cuando asomó tu forma dulce y casta  
Sobre la tierra vasta,  
Se avergonzaron las pasiones rudas,  
Y cual sombras que el alba precipita,  
Huyeron Afrodita  
Y las Gracias hermosas y desnudas.

Y de esplendor vestida, bella y pura,  
Te alzaste por la altura  
Cual argentado y místico planeta,  
Y fuiste desde entonces en la vida  
Inspiración querida  
Del santo, del artista y del poeta.

Juntas las manos sobre el casto seno,  
De unción el rostro lleno  
Y al suelo vueltos los piadosos ojos,  
Tu gloria es, Madre, la oración eterna,  
Y la nuestra, la tierna  
Adoración ante tus pies de hinojos.

II

Ilustraron de Anáhuac las regiones  
Misteriosas naciones  
Del Septentrion á Ecuador errantes,  
Que nos legaron, como estela de astros,  
De su planta los rastros  
En ruinas y pirámides gigantes.

Su grandeza inmortal, por hado oculto,  
Se manchó con el culto  
Del sanguinario dios que al mundo asombra;  
Que así es lo grande cuando luz le falta:  
La montaña más alta  
En la noche es más negra que la sombra.

Cual fué anunciada por señales graves,  
De Oriente en raudas naves  
Vino extraña nación á este hemisferio  
Y señora del rayo, en breve guerra,  
Hizo rodar por tierra  
Poder y gloria del nativo Imperio.  
El puñal asesino de obsidiana  
De la víctima humana  
Indignada apartó; derribó al snelo  
El ídolo feroz; de amor el canto  
Soltó y el pendón santo  
De la triunfante cruz elevó al cielo.

Pero ¡ah! la voz de la pasión salvaje  
Tempestuoso oleaje  
Alzó en su corazón; ansias crueles  
Le inspiró la codicia; tras el oro  
Arrastró su decoro  
Y manchó el esplendor de sus laureles.

Bajo su fusta dura y despiadada,  
La raza conquistada  
Se vió trocada en gente envilecida;

Esclavos que marcaban amos fieros,  
Acémilas, mineros,  
Misera grey en la abyección sumida.

El que á la noche del abismo rueda  
Agonizando queda  
En desamparo irremediable y hondo:  
No escucha voz amiga, ni ve albos  
De lejanos fulgores  
Sonreír de los duelos en el fondo....

Así la raza autóctona vivía  
Cuando al fin ¡oh María!  
Sobre el Tepeyacat apareciste,  
Y entre flores, en lienzo despreciado,  
Tu divino traslado  
Sobre el pecho dejaste al indio triste.

Y fuiste así para la mártir raza  
Diamantina coraza  
Que protegió su vacilante vida,  
Ilusión que le dió valor arcano,  
Que en el combate humano  
Es la esperanza la suprema egida.

Al fin brilló de libertad la aurora,  
Y en la solemne hora  
En que el pueblo vengó sufridos yerros,  
Cantando el himno de tu santo nombre,  
El esclavo hecho hombre  
Despedazó los oprobiosos hierros.

Tu imagen santa, del opreso ayuda,  
Atada á lanza ruda  
Llevó al nativo á la batalla fiera,  
Y en medio del combate y la victoria,  
Inundada de gloria,  
Fué de la patria la primer bandera.

¡Oh patrona incorrupta del derecho!  
Tú infundes en el pecho  
De libertad los épicos amores,  
Y luchas siempre del valiente al lado.  
¡Así lo has demostrado  
En Covadonga un día, otro en Dolores!

III

Roto el yugo, la lucha terminada,  
Envainamos la espada  
Con el orgullo del deber cumplido,  
Y al mundo, ansioso de fraternos lazos,  
Le tendimos los brazos  
Dando nuestros rencores al olvido.

Y á lo más grande y noble de aquí abajo,  
Al fecundo trabajo  
Nos entregamos con viril exceso,  
Y comenzamos, del vapor al grito,  
Con rumbo á lo infinito  
La sublime odisea del progreso.

¡Esplende, oh Reina, sobre el ara santa  
Que el pueblo te levanta  
Con óbolo filial en sacro monte,  
Y triunfa desde allí, vence y deslumbra  
Como el Sol nos alumbraba  
Desde su trono azul del horizonte!

Y desde allí también, alza y sublimaba  
De la historia á la cima  
Al pueblo que te debe la victoria,  
¡Y el águila de Anáhuac altanera  
Llevará por doquiera  
La fama de tu nombre y nuestra gloria!